

mo casi siempre ajena a los problemas reales de la comunidad). La polémica surge entre los ecologistas, partidarios de devolverle a la ciudad la visión y el disfrute del Río de la Plata, y los pragmáticos, empeñados en destinar la vasta zona portuaria a una ampliación de la denominada *city*, el radio urbano relativamente pequeño donde se aglomeran las casas matrices de los grandes bancos, los vastos edificios públicos, las casas de cambio, las oficinas de las empresas líderes: la mayor concentración de dinero en el país.

Los ecologistas aspiran a hacer del viejo puerto una zona de parques y paseos verdes, con los galpones de ladrillo y una que otra construcción nueva que no sobrepase la altura de aquéllos. Sus adversarios, a edificar muchas torres altísimas destinadas a perfeccionar el paulatino, inexorable alejamiento de la ciudad y su río. Que no será una maravilla —es bastante feo, salvo al atardecer, cuando se pone de color lila—, pero es el único que tenemos.

Ernesto Schoo



Carta de Chile

Democracia electrónica: el caso de los trasplantes

En octubre pasado ocurrió en el país un hecho que conmocionó a la inmensa mayoría de los chilenos, pero que además tuvo el mérito de poner en evidencia —como tal vez ningún otro antes— los riesgos y desafíos de una nueva etapa político-cultural: la de la democracia electrónica.

Para captar el clima de conmoción nacional que se vivió, es necesario recordar previamente un problema de salud que afecta a algunos enfermos crónicos del país. En efecto, hay en Chile cerca de 3.000 pacientes del riñón que necesitan dializarse, 500 de los cuales requieren con urgencia trasplante de riñón; 130 enfermos que necesitan un hígado (40 de los cuales son niños), alrededor de 50 postulantes a corazones y otros tantos a páncreas. También un número muy superior, cerca de 2.000, espera córneas¹. ¿Qué significan estas cifras? Que de no recibir trasplantes un grupo importante de compatrio-

¹ El Mercurio, 24 de octubre, 1993.

tas perderían la vista, y que los que postulan a órganos, probablemente morirán. Situación que, según la prensa, viene ocurriendo invariablemente cada año.

Se trata de un problema médico que cada cierto tiempo aparece en los medios de comunicación, y que ha sido también abordado por la democracia en el parlamento. En efecto, en 1990, con el propósito de solucionar la escasez crónica de donantes, un grupo de parlamentarios de distintos sectores presentó una moción que actualizaba la normativa vigente sobre donación y trasplante de órganos. Básicamente el proyecto de ley plantea que al obtener o renovar la cédula de identidad, cada persona deje constancia de su voluntad respecto a la donación de órganos. El mecanismo también penaliza la comercialización de los mismos. El proyecto de ley, sin embargo, dormitó por más de tres años, hasta el último octubre, fecha en que el proyecto ni siquiera había sido analizado por el Senado. Es muy probable, incluso, que de no haber sucedido lo que sucedió, la propuesta de ley hubiese quedado archivada para siempre. Que se hubiera convertido en testigo mudo del fracaso de la democracia para abordar ciertos problemas que afectan a minorías, a grupos que tienen baja prioridad como clientela política, pero que a fin de cuentas son tan personas humanas como los demás.

Pero en octubre último ocurrió lo que ocurrió, y el proyecto, que yacía dormido, súbitamente, con los focos en la cara —como la bella durmiente—, despertó. ¿Qué había pasado? Durante varias semanas Televisión Nacional introdujo en su noticiario central un espacio dedicado a Italo Carrillo. Italo era un menor de 12 años, muy delgado, con cara de luna, pelo chusco, y con unos ojos negros, esperanzados, que parecían aceitunas esquinadas. Un niño que desde su cama, en vivo y en directo, instalaba en el noticiero su deseo de vivir, de levantarse, de llegar hasta la Navidad, de poder ir al colegio y jugar con otros niños. Y pedía —casi sin decirlo— un donante —recién muerto— para que esos deseos fuesen realidad, alguien que le proporcionara el corazón que necesitaba para sobrevivir. A su vez, una voz en off solicitaba un aporte económico para que Italo volara a otro país y se sometiera a trasplante. Al parecer, la campaña no fue al principio muy fructífera, pues estuvo varias semanas en el aire. Finalmente se logró reunir el dinero e Italo Carrillo se embarcó en un avión a Estados Unidos. Sin

embargo, apenas la aeronave despegó, el niño dejó de existir. Todo esto transmitido en detalle, por Televisión Nacional y, a esa altura, por todos los canales del país.

El tema de los trasplantes entró entonces en el *living* y en pocos días todo cambió. El problema de la escasez de donantes se discutía vertical y horizontalmente a lo largo de Chile. Desde Arica a Punta Arenas el gerente, la secretaria, el junior y la empleada daban su opinión al respecto. A nivel institucional el problema se convirtió de la noche a la mañana en una de las prioridades del sistema de salud pública. Los parlamentarios, liderados por el Presidente de la Cámara de Diputados, firmaban ante los focos de la Televisión sendos pergaminos donde se comprometían con voz seria y engolada a donar sus órganos después de muertos. En los espacios de conversación política, los periodistas más iconoclastas leían al comienzo del programa un documento firmado ante notario en el que declaraban, con lágrimas de cocodrilo, el compromiso de donar sus órganos. Lo mismo hacían futbolistas famosos, animadores de la pantalla, actores «taquilleros» y, en fin, todo aquel que podía exhibir sus sentimientos altruistas en público. Los donantes potenciales sumaban ya miles y miles, se organizarían bancos que pudieran proveer de todos los items. Los padres de Italo se transformaron de un día para otro en figuras públicas. Como respuesta a la inquietud nacional el Presidente Aylwin le puso plazo fijo y terminal a la ley: en 90 días debía ser despachada. La democracia electrónica, en definitiva, consiguió lo que no había logrado la democracia tradicional.

Hablamos de democracia electrónica porque se trata de un fenómeno masivo, en que prácticamente no hay abstención ni votos en blanco, un fenómeno a la vez pasivo y activo, pues cada receptor filtra y atribuye sentidos a las imágenes que recibe. Un fenómeno político en la medida que genera acciones de gobierno, pero un fenómeno especial, puesto que la historia no se mueve en este caso por ideas-fuerzas, ni por la acción de grandes hombres o de los pueblos, no, se mueve más bien por y a través de la pantalla. Se mueve por la confluencia de un desenlace fatal con los sentimientos generosos de millones de chilenos (si Italo hubiese muerto antes de la campaña o hubiera regresado de Estados Unidos con un nuevo corazón, nada habría pasado). Tendremos ley por la confluencia de una noticia con una teleaudiencia

sensible a casos patéticos (quién no recuerda los cacareos de la mujer-gallina o la imagen de los cuerpecitos siameses sometidos una y otra vez al bisturí). Cultura de masas vía pantalla, sociedad civil massmediatizada y Estado que responde: he ahí el triángulo del proceso. En los vértices de este triángulo surge la incontenible marea y la consiguiente «conmoción nacional». Ahora bien, lo sucedido en octubre último no es nuevo, de alguna manera desde que vivimos en libertad y democracia cada cierto tiempo se están produciendo en el país «conmociones nacionales» de este tipo (aunque de distinta índole), conmociones que orientan o inclinan en determinada dirección el carro de la historia. Tal es el fenómeno cultural y político que llamamos «democracia electrónica».

Vale la pena, entonces, a partir del ejemplo de los trasplantes, reflexionar brevemente sobre los beneficios y riesgos de esta modalidad. El beneficio más obvio es la sensibilización pública y solución a un problema real. En efecto, de no haber ocurrido lo que ocurrió no habría habido ley de trasplantes, ni se habría agilizado la organización de bancos de órganos, en consecuencia, un grupo de enfermos crónicos probablemente habrían visto una vez más defraudadas sus esperanzas.

Otro beneficio es la contribución al conocimiento. Estando lejos de Santiago, escuchamos por casualidad una disputa entre obreros de una construcción que hacían un alto en su trabajo. Conversaban acaloradamente sobre trasplantes de órganos. El caso de Italo, y el clima comunicativo que generó, había aportado a esos trabajadores de provincia un bagaje de conocimientos que antes no poseían. Manejaban con propiedad conceptos como el de «muerte cerebral», hablaban de «diálisis», incluso se referían al número de autopsias que anualmente se practican en el Instituto Médico Legal. Además reflexionaban o asumían posturas de carácter ético. Teniendo en cuenta que tales climas son recurrentes —hoy son los trasplantes, mañana puede ser un problema institucional, pasado los discapacitados y así sucesivamente— no cabe duda de que la democracia electrónica contribuye a aumentar la información circulante sobre ciertos temas y a democratizar el capital cultural de la sociedad.

De los propios beneficios y de la lógica con que funciona la democracia electrónica surgen, sin embargo, enormes dificultades y desafíos. El clima que se crea es una ola

que lo invade todo. Miguel Serrano, personaje *sui generis* del mundo intelectual chileno —ex embajador en la India, amigo íntimo de Jung y de Indira Gandhi, líder (budista) del nacionalsocialismo criollo—, ironizó sobre este clima en un artículo titulado *Hitlerismo y donación de órganos*: «la locura es colectiva, total» —dijo. «Se crearán bancos de riñones, de hígados, de corazones; se harán trasplantes de riñones de chanchos, de monos. Con el tiempo se venderán en los supermercados, especificando las razas y los países: de Taiwan, de Indochina, de Temuco. Y todo será un negocio más, dentro de la economía social de mercado. Los donantes cobrarán en vida. Y los hospitales y los médicos, felices. ¡Todo aprobado por el parlamento! Los presidentes y los vicepresidentes de las cámaras altas y bajas se arrepentirán luego de su gesto altruista, de haberlos donado gratis; aunque se compensarán con los votos de sus electores agradecidos». El artículo, que recuerda los anatemas de Ezra Pound contra la usura, termina señalando que los SS durante la Segunda Guerra Mundial antes de ser salvados con una transfusión de sangre prefirieron la muerte a aceptarla (*La época*, 26 octubre, 1993).

Aun cuando no compartamos el ángulo de Miguel Serrano, no cabe duda que recoge con acierto el clima creado. Sobre todo su carácter de marejada. Su falta de matices. De prudencia. De voces que sitúen el tema en su justo medio. Cabe preguntarse, ¿la escasez de donantes es acaso el problema de salud más urgente e importante del país? ¿Pueden resolverse ante la presión de los puros sentimientos, problemas que requieren de un análisis meditado? ¿No debiera acaso situarse el tema de los trasplantes en el contexto de las necesidades más básicas de salud que hay en el país, de las prioridades y de los recursos disponibles? ¿Debe un gobierno y un parlamento actuar fundamentalmente sobre la base de los vaivenes de la democracia electrónica? ¿No hay acaso, en situaciones como la de Italo, una suerte de mala conciencia colectiva, propicia a la manipulación de los sentimientos? No se trata de pensar que estamos ante una mano negra o ante una conspiración de los medios. No, nada de eso. La televisión —que en Chile responde al modelo de TV privada— sólo hace lo que es congruente con la lógica de las comunicaciones en tanto industria cultural: comunicar lo que es noticia, lo que se sale de